## **UN LLAMADO A LA REESTRUCTURACIÓN**

Cuchimilcos es el último bastión rebelde y el gran obstáculo para desterrar los brotes del bien y asentar la supremacía de la anaconda en el territorio andino.

Remeciendo cielo y tierra, la anaconda organizó una batida. Perfiles escabrosos llenos de malicia atravesaron los inmensos páramos inhóspitos para confluir hasta el pueblo insurgente, infiltrándose por los diversos parajes hasta sus inmediaciones, dispuestos a aniquilarlos.

Sin contar con la ayuda de los pueblos vecinos después de sucesivos ataques, los habitantes abandonaron todo raciocinio. En una confusión que no tiene nombre, se instauró el temor de ser vencidos, debilitándose con un simple cálculo de probabilidades. Un reducido número de combatientes se enfrentaron por momentos a las huestes más despiadadas y embrutecidas del Reino de las Tinieblas. Los pobladores tenían todo que perder.

Las cruentas batallas que se libraron en Cuchimilcos, pueblo ubicado en las altas cimas de las colosales montañas de la cordillera de los Andes peruana, durante las embestidas de las fuerzas del mal presididas por la anaconda, no pasaron al olvido. Se dice que, dotados de armas rudimentarias y hombres muy mal equipados, sus habitantes desplegaron inmensos esfuerzos para terminar con esa racha de ataques incesantes. Gracias al ingenio, decisiones acertadas y una multiplicidad de actos heroicos, el pueblo presidido por su alcalde, Joaquín, hombre de espíritu temerario, osado, con mucha visión y al que nada amilanaba, logró derrotar al implacable enemigo.

Al ver la determinación de su dirigente, sin reconocerse entre ellos, algo los elevó a dar incluso sus vidas. Cegados por el deseo de defender lo suyo, los pobladores dejaron hasta el último aliento en esas tierras sagradas donde se comulga con el cielo. Y en medio del caos, el coraje de un pueblo ensombrecido que se vaticinaba aniquilado en tal enfrentamiento hizo que la victoria cambiara de bando.

Pero no todo está dicho: la anaconda no se da por vencida, atacará una y otra vez para debilitarlos hasta vencerlos.

Entretanto, Cuchimilcos se mantiene en pie de guerra.

Con el ataque que se perpetró contra el pueblo de Cuchimilcos, en el Reino de las Tinieblas la anaconda, afligida, no soporta ese nuevo revés. La receta que se le hurtó a Tokapi, la curandera del pueblo, para transfigurarlos en visibles no les fue de mucha utilidad. La victoria les fue arrebatada por muy poco. El asalto a Cuchimilcos arrojó un saldo desastroso, cuantiosas pérdidas, un buen número de heridos y, sobre todo, la moral de la tropa por los suelos. A eso se le añade el infructuoso intento de traer con vida a Mayra, la última descendiente de la dinastía Rumi, hasta el Reino de las Tinieblas. ¿Cómo pudo esa muchachita zafarse de las gruesas raíces del olmo que la apretujaban? El olmo, árbol umbroso, difícil, peligroso, el de los mil sortilegios, la tenía hechizada, pero no logró su cometido. Todo es tan enrevesado…

Estática, en poco tiempo la anaconda perderá el juicio. Deseosa de pasar página y reestructurar sus fuerzas ideando nuevos planes, la anaconda parte de su habitación en búsqueda de una respuesta.

—¿En qué fallaron? —Esa es la pregunta que la mantiene en vilo—. ¿Acaso fueron las armas?, ¿o quizás las órdenes?, ¿la destreza de sus soldados?

De lo que recuerda, las tropas manifestaron una férrea disciplina durante el asalto a Cuchimilcos, y los diversos batallones siguieron las instrucciones de sus superiores al pie de la letra. El respeto se aparentó en las filas. Ni siquiera se supo de disidentes, la comunicación fluía. En fin…

—¿Qué es lo que ocasionó mi derrota?

Necesita ver más claro, abordar sus preocupaciones con el resto del reino, fuese lo que fuese. El hecho es que el fracaso lo lleva tatuado en la frente. La humillación es insoportable. Pese a su extremo cansancio, necesita actuar con rapidez.

Sin darse por vencida, con su corona ceñida a la cabeza para inculcar el respeto, la anaconda se desliza por los diversos corredores y recovecos del Reino de las Tinieblas. La derrota pulula por su mente y, queriendo soterrar sus desdichas, se afana en comprender lo que pasó.

A intervalos se detiene, llama a las armas y a sus subalternos, topándose con centenares de soldados mutilados, heridos, vendados. Al verla llegar, la anaconda no es aclamada, sino temida. Los soldados no osan mirarla, los jefes se arrodillan a su paso, saben que no son dignos de su confianza.

Tembloroso, uno de ellos masculla, con cierta suspicacia:

—Si hemos sobrevivido a los ataques del pueblo rebelde, tengan por seguro que aquí en el Reino de las Tinieblas nuestras horas están contadas. Pereceremos estrangulados por la cola de la anaconda.

La anaconda les pide cuentas a sus comandantes:

—Los resultados fueron desastrosos, alteza. Hubo cuantiosas pérdidas en todos los frentes.

La realidad no la puede soterrar. Lo que constata no le aporta ningún aliciente; al contrario, la desanima. No quiere desmoralizarse, no puede, tiene que dar el ejemplo.

Al aproximarse a las tropas, su máscara se desprende, dejando su rostro al descubierto, un rostro que exhibe la impotencia, la rabia de haber sido vencidos.

Sus movimientos son crueles, se abate ante todo ser que se interponga en su camino. Se aproxima a los jefes, necesita un culpable, no soporta más una derrota injustificada. De pronto, inclina su rostro ante los cabecillas de las tropas y les recrimina:

—Explíquenme por qué retrocedieron ante la respuesta del enemigo, cobardes, miserables. Con su actuar se opusieron a mi triunfo —grita enervada la anaconda.

Aterrado ante la idea de ser el blanco, uno de los jefes avanza hacia la anaconda para explicarse.

—Nos cogieron de sorpresa, no esperábamos semejante acto de valentía.

Sin saber qué responder, algunos voltean la cabeza. La anaconda no tolera ese tipo de respuesta. El desenlace es fatal.

—Que les sirva de lección, aquí en mi reino la cobardía no es permitida. He concebido un pozo para ustedes, infelices, que está cubierto de veneno. Introdúzcanse, morirán lentamente, sus soldados serán testigos.

Convulsionados por el horripilante destino que les espera, los jefes tiemblan. No saben qué hacer. Los pobres desdichados se agitan; de nada sirve arrostrar. Sin pestañear, la anaconda, con su mortífera cola, los introduce en el pozo. Son cinco los elegidos; sus cuerpos quedan cubiertos de ese maldito líquido.

Aterrados ante la evidencia, los jefes lanzan gritos de terror.

—Su agonía será lenta, sufrirán mucho. Lentamente, sus tripas se destrozarán, el dolor será intenso, sus tropas observarán vuestro sufrimiento. Este es el trato que se les inflige a los cobardes.

La crueldad a la que son sometidos no tiene límites. Los hombres están envueltos en una sustancia tóxica oscura, muy espesa. Los cambios se hacen sentir. Poco a poco, entre gritos de dolor, expulsan sus tripas por la boca. Mientras esto sucede, los pájaros gigantes del Reino de las Tinieblas trascienden fúnebres cantos con tonalidades de muerte.

La anaconda está insoportable. Nerviosa, atraviesa rápidamente el reino y con su descomunal cuerpo, sin percatarse, arrastra con ella ciertos monumentos, columnas, carga con fundaciones, objetos, desciende los niveles más bajos de su reino.

Durante su recorrido ha hecho mucho ruido. Al verla llegar, el resto de la milicia, llenos de temor, se enderezan y la saludan con mucha deferencia. Decididamente, con su ejército no puede contar, no por el momento. Sus soldados necesitan recuperarse de las cruentas embestidas con el pueblo de Cuchimilcos. Llevado por las proezas de los insectos, se dirige al subterráneo, donde mantiene aún confinados a los más dignos ejemplares. Quizás ellos aporten la solución.

Luego de un extenuante recorrido, adolorida por tanta contorsión y tras retorcer su cuerpo en las diversas esquinas y niveles de su reino, se topa con el inconfundible agujero primitivo custodiado por sus más fieles centinelas. Observando con cierto encandilamiento el enjambre de insectos, su mente recuerda los episodios más horribles y espantosos de los Andes que se sellaron con esos seres llenos de malicia.

—Ustedes que han visto miles de insectos desfilar a través de los siglos, ¿me pueden recomendar el más despiadado de su especie?

—Cada modelo simboliza el mal. Ya lo ha comprobado con el ejemplar que utilizó con la última descendiente de la dinastía Rumi.

—No, no, no es suficiente… ¿Acaso poseen uno que destile el mal por sus poros?

—En el pasado, estos ejemplares ya han hecho sus pruebas. No contamos con nuevos elementos. Lo lamento, alteza.

La anaconda parte confundida. ¿Cómo acallar sus angustias? Tiene la impresión de que su pensamiento obedece al fatalismo. Necesita nutrirse de nuevas ideas; en su recorrido de un extremo al otro de su reino solo se topó con malas noticias. Para disipar su pesadumbre, acude a su escondite predilecto, aquel que conserva muchos secretos y poderes a ser revelados, aquel donde pasa horas ilusionada, creando, reinventando nuevos hechizos.

Conoce muy bien el principio de una mezcla, de una acertada combinación, del uso de antídotos. Lo heredó con su maldad. Su visión se extasía bajo el flujo de imágenes y sensaciones de grandeza que, según ella, se plasmarán en aplastantes victorias. Al llegar a las habitaciones censuradas, abre, mueve pomos, fluidos, ingredientes desperdigados en una mesa grasienta muy cerca de las pieles que mudó durante los siglos. El olor es insoportable, y la anaconda, habituada a destilar terribles pestilencias, se familiariza con ellos. Palpitando de emoción, coge unos cuantos pomos; mezcla algunos líquidos, ungüentos y productos maléficos; los deposita en un gran frasco, los tapa, los remueve.

—Una, dos, tres, abre el pomo y explota.

No hay más que hacer, necesita evacuar a toda prisa.

Falta de ideas, el ambiente le resulta mortífero. A relajarse se ha dicho. Para ello acude a darse un baño en el lodo para refrescarse. Durante sus reflexiones, reconoce que, desde que asentó su poderío en los Andes, solo dos hombres la han desafiado: Chacta, el benefactor de los Andes, al que tiene confinado en uno de los más abyectos calabozos de su reino; y ese hombre que incursionó en su reino y se mantiene aún con vida dirigiendo Cuchimilcos. Y qué decir de sus habitantes, que siguen a este ciegamente y que en los momentos más difíciles rugen como leones por defender lo que les pertenece.

—¿Qué hacer? ¿Cómo atacar nuevamente? Si a cada intento mi cuerpo se debilita, maldita sea, mi cabeza me da vueltas, ya no puedo más.

Las noticias en el reino solo hablan de derrota, de desesperanza. En los diversos niveles del reino, el acaecimiento fluyó como un torrente en pleno movimiento y los esclavos, enardecidos, motivados por ese brote de resistencia y coraje en los Andes, provocan disturbios y batidas que hasta el momento son contenidos.

—Para asentar mi supremacía en los Andes, es imprescindible acabar con las protecciones: las muñecas chancay. Así debilitaré a los habitantes de Cuchimilcos, pero ¿cómo hacerlo?

Hubiese deseado mucho calmarse para poder reflexionar mejor; nada la relaja. Ese aire lleno de pesadumbre y sublevación la desquicia. La evasión es su próxima opción. Con el cerebro abrumado de tanta preocupación, escurre su cuerpo de las aguas fangosas y abandona el baño. Sin abstenerse, avala a todo desventurado que se cruce en su camino. Sin dar explicación, se dirige a la entrada del reino, se coge de las raíces del olmo, se enreda en una de ellas y se eleva por los aires hasta arribar al territorio andino. El insondable misticismo de sus montañas la relaja.

Ante la majestuosa cadena de montañas, respira. Leves latidos reavivan su perversidad conduciéndola a aquel día del enfrentamiento con el Oráculo. Recuerda a los cientos de buitres revoloteando en el cielo, el fuego eterno que brotaba remontando hacia el firmamento, y ese mundo desconocido para todo mortal, compuesto por edictos, por preceptos.

Evoca cómo el celeste se rasgó ante su presencia, la máscara que utilizó antes de penetrar en el templo del Oráculo, el momento en que forzó la puerta de entrada para consumar su acto, las discusiones acaloradas con el Oráculo, sus severas advertencias y, sobre todo, su ignominioso acto que con mucha argucia y sangre fría convirtió al Oráculo en un ser visible permitiéndole con su apariencia verterle un copioso líquido que fluía a raudales por su cuerpo. Ya visible, con infinita furia lo estrujó con su cola, lo ahogó y luego, para consumar la escena, lo arrojó al precipicio.

—Fue en este lugar donde terminé con genialidad con el ser más encumbrado de todos los tiempos, aquel que me fijaba restricciones… Pobre desgraciado, pereció en el acto sin testigos.

La anaconda observa el suelo por donde se desplaza y tiene la impresión de que todo obedece a una visión que la atormenta. Esa terrible evidencia la hace perder ciertas escamas. Lo divisa a lo lejos: es un río creciente que retiene su atención. Miles de palomas migratorias muy esbeltas, extendiendo sus alas inmaculadas, se reparten por las orillas y de repente se quedan ensimismadas. Un fenómeno nada usual en la región. Miles de burbujas en plena ebullición transforman el color del agua en un blanco inmaculado.

—¿Qué está pasando aquí? —se pregunta muy intrigada la anaconda.

Al aproximarse a la orilla del río, imagina ver el bastón del Oráculo flotar. Trata de cogerlo, pero es solo una ilusión. Un temor incontenible resuena en su mente.

—No…, imposible. Sería demasiado trágico… Lo estrangulé con mi propia cola. El Oráculo no puede estar vivo.

Espejismo, delirio, peces debajo del agua, millares de burbujas, su fértil imaginación fantasea. Una idea descabellada se insinúa alimentada por esa imagen de pureza reflejada en el río.

—Algo me dice que el Oráculo no perdió la vida durante el enfrentamiento que tuvo conmigo.

Fatídicas presunciones se instalan en su mente. Carga en su conciencia cruentos remordimientos; las reminiscencias más aterradoras se apoderan de ella. La anaconda transgredió la ley con su macabro acto. Si el Oráculo está vivo, sería su perdición. El Oráculo no le perdonaría jamás que hubiera atentado contra su vida. La anaconda sería condenada a vivir eternamente en el destierro. Y entonces, ¿para qué vivir?

El temor y la derrota son indivisibles y ahora la dominan.

La anaconda, apesadumbrada, grita:

—¡Cometí un grave error! —Luego se endereza muy agobiada y posa sus ojos en el firmamento—. Devuélvanme mis días al punto de partida —solicita arrepentida.

Trastornada, desciende al Reino de las Tinieblas en plena fase reflexiva. Su excursión en los Andes fue un desastre.

## **EL RETORNO A SUS RAÍCES**

En el continente europeo, fuera de las inquietudes de la anaconda, Hatun Apu se acaba de acostar en Córcega, lejos de sus clientes y sus pedidos, con el manifiesto deseo de descansar. El crucero fue complicado, plagado de contratiempos, envuelto en un mar agitado que provocó fuertes maretazos convirtiéndolo en ondulantes movimientos, propiciando mareos, contrariedades y muchos deseos de arrojar a un buen número de pasajeros.

Hatun Apu tiene que resistir a lo largo del duro trayecto; está extenuado. Finalmente, arriba a Ajaccio, el puerto más grande de la isla, y parte a alojarse en el Gran Hotel, el más ostentoso de la ciudad.

A su llegada, es tratado como un rey. Su carácter volcánico se transforma; es un Hatun Apu más abierto, más complaciente, menos gruñón. Después de tantos malos ratos, Chapi aprecia su nuevo estado de ánimo. Ligeras sonrisas afloran en su rostro, platica de sus orígenes, de sus innumerables viajes; y el auditorio improvisado, más que satisfecho, lo escucha admirado. Entre risas y conversaciones triviales muy amenas, Hatun Apu pregunta por aguas sulfurosas curativas para beber, e incluso para bañarse.

—Las encontrará en la región de la Castagniccia —contestan los empleados del hotel.

Satisfecho por la respuesta, Hatun Apu parte a descansar en su habitación. Esta vez duerme como un niño, completamente agotado después de un viaje abrumador.

Al día siguiente, a tempranas horas del día, alquila uno de los pocos coches con conductor disponible y se dirige a visitar los famosos manantiales.

—La vida no está hecha para chillidos ni quejidos, Chapi. La Castagniccia es un lugar encantador. Escucha esos sonidos melodiosos que se filtran por los aires. Las aves nos invitan a achisparnos con sus suaves melodías y a continuar.

Horas más tarde, llega a la Castagniccia. Los transeúntes le dan la bienvenida con una extrema cortesía.

—Bienvenido al reino del árbol de la vida.

—¿A qué se refiere?

—Hablamos del castaño, que en otros tiempos nutrió a muchas generaciones y familias durante siglos.

A Hatun Apu le encanta viajar, se entusiasma mucho cuando descubre y aprende. Siempre con un oído atento cuando relatan historias, leyendas, usos y costumbres de otros pueblos. En esta región brotan los castaños por todas partes. Sus árboles, con desmesuradas raíces, distorsionan los caminos, su fruto cae de vez en cuando sobre la cabeza de Hatun Apu, que, sin alterarse, se complace ante tal descubrimiento; el suelo está cubierto como si fuese una alfombra uniforme. Después de unas cuantas horas, desfilan ante sus ojos los manantiales que tanto atesora.

—¿Qué buen viento les trae hasta aquí, señor? —pregunta un aldeano entablando una plática con el orfebre de lo más amena.

El sendero está saturado de castaños; destacan algunos cerdos deleitándose con sus frutos.

—No quisiera hablar de castaños. Me gustaría hacer una cura en las aguas de Orezza.

—Los empleados limpian hoy los conductos. Venga mañana y tendrá los establecimientos a su disposición. Espere, me da la impresión de que usted es de esos que madrugan. Tome, le doy la llave.

Extremadamente satisfecho por el trato preferencial, Hatun Apu murmura:

—Hum…, qué hombre tan considerado.

Hatun Apu se marcha llave en mano exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja. El hecho es que al día siguiente hará uso de esas fuentes de aguas termales, y eso lo colma de júbilo y alegría. De regreso a Ajaccio, ya libre del trajín, la noche le ofrece un sueño reparador.

Al despertar, Hatun Apu es sorprendido por los rayos de sol que golpean la ventana del cuarto desadormeciéndolo. Bostezando, un tanto aturdido, se viste, baja a desayunar en el salón arrullado por el suave despertar del canto de pájaros de la región. Una inmensa felicidad lo anida, es mágico y encantador. Hatun Apu observa encandilado a su alrededor con una mirada llena de añoranza.

De regreso al cuarto, Hatun Apu se alista para retornar a la Castagniccia. En la habitación, todo está listo: las camas tendidas, el cuarto limpio, las maletas en la entrada. Lo único que le resta hacer es coger la llave de la fuente de agua y cerrar la puerta. No dispone de mucho tiempo. Inmediatamente, parte con su servidor Chapi a la Castagniccia. Hatun Apu avanza con las manos libres, mientras su servidor va con un pesado cargamento de maletas y objetos de valor de su amo.

Después de varias horas de un viaje tedioso, finalmente arriban a su destino. A medida que desciende del coche, cae una lluvia que, bajo los rastros de un ligero aguacero, se avecina, y conforme avanza se convierte en un torrente henchido de un viento descontrolado. Chapi, transportando tan pesado equipaje, experimenta dificultad al desplazarse. Es imperativo evitar a toda costa fundir sus zapatos en esos suelos inestables, compuestos por lodazal y tierra. La caminata es lenta, nada alentadora, siempre mirando de izquierda a derecha sin despejar la vista del suelo.

—¡Ah! Los marranos siguen aquí. Ten cuidado, Chapi, aléjate de estos animales insaciables capaces de engullir hasta mi ropa.

La lluvia se intensifica, y al rato se desata una de esas terribles tormentas, acompañada de impresionantes y ensordecedores rayos. Hatun Apu avanza imprudentemente; le encanta desafiar la naturaleza. Deambula sin detenerse abriendo las extremidades superiores, acogiendo la lluvia que cae estrepitosamente; mientras que su servidor, con los brazos desgarrados por tanto peso, lo sigue con todo el cargamento atado a su espalda. Por un momento hace lo imposible para no resbalar. Al inclinarse, un enorme chasco lo acoge: la temperatura se transforma abruptamente hasta el punto de que los senderos son intransitables. Entre piedras, castaños, árboles resquebrajados, flores y hojas muertas, las dificultades se acrecientan.

Hatun Apu corre a refugiarse en la pequeña estación turística de Orezza mientras que el pobre de Chapi va detrás con paso sosegado, obligado, impidiendo que el fardo que lleva se desparrame por el suelo, muerto de cansancio por el dolor de soportar tan abrumadora carga que se ahonda aún más con el peso de la lluvia.

—Por fin llegamos. Estoy empapado hasta los huesos.

Hatun Apu se seca y se derrumba en uno de los sofás de la sala de espera. Chapi llega contando los pasos, tambaleándose con la espalda quebrada en dos. Minutos más tarde, amo y servidor se trasladan a la fuente termal. Lo primero que le viene en mente a Hatun Apu es beber hasta saciarse de aquella agua milagrosa tan mentada. Luego, cogiendo la llave, abre la puerta y se desnuda para tomar un baño.

Los baños conocidos por sus virtudes apacibles desde la época del Imperio romano aguardan a Hatun Apu con impaciencia. Hatun Apu avanza alegremente. Una vez en el baño, se siente arrastrado como un imán por las aguas. Qué sensación tan agradable: las susodichas aguas le prodigan suaves caricias por la espalda, las extremidades, e incluso en el cuello. Hatun Apu rebosa de regocijo. Su alma perdida, abatida por los pesares de su nostálgica vida, renace.

Entusiasta, modula su voz, entona una ópera, improvisa notas que resuenan en el recinto como un eco arrullador. Un verdadero recital. Luego coge una bandeja con unos cuantos vasos y una jarra de cristal de esa agua medicinal tan mentada. Al primer sorbo, Hatun Apu percibe los beneficios curativos; mientras que Chapi, lejos de alcanzar esta felicidad ficticia, se encuentra en una esquina, acurrucado, con la ropa empapada, tiritando como un pato mojado de frío. Estremeciéndose, deja de lado su jaqueca, se endereza, se aproxima hacia su amo y remarca el cambio de comportamiento, lo ve ir y venir, zambullirse en el agua como un huracán en pleno movimiento, lleno de energía y dinamismo, con un espíritu de conquistador que lo deja atónito.

Hatun Apu tiene la sensación de que sus preocupaciones se desvanecen como por arte de magia. Se deja adormecer, desvaría, sueña despierto. Este baño es un delirio. Su imaginación rueda, rima con cada movimiento que es captado con una sutileza, cada vapor que destila es una proeza. No, no es casualidad, llamémosle suerte, destino. Hatun Apu renace, qué locura, y sin juramento ni compromiso su cuerpo agitado se extasía en esas aguas tibias y reconfortantes. Lleno de dicha y alegría, se divierte, incursionando en lo que puede llamarse imaginación. Los Andes, esa cadena de montañas prodigiosas, sus pueblos, sus grutas y escondrijos compuestos por una naturaleza salvaje lo llaman a gritos.

Chapi, muerto de frío, da vueltas en círculos en el recinto, completamente empapado de la cabeza a los pies, sin encontrar una sola toalla para secarse. Desafortunadamente, su patrón ni siquiera lo mira. Hubiese deseado pedirle a su jefe ropa de repuesto, pero permanece silencioso. Al verlo tan contento y animado, no anhela estropear los momentos de sosiego de su amo. En aras de su bienestar, decide permanecer quieto, contentándose de observarlo.

La mirada penetrante de Hatun Apu expresa algo inusual. Ante la mirada serena de su patrón, su intención de solicitarle unas mudas se desmorona. Hatun Apu necesita relajarse en las aguas curativas y allí lo tienen, disfrutando como un niño.

Hatun Apu está convencido de que a partir de hoy su vida futura le reserva bellas oportunidades. Plantado frente a su amo, Chapi contempla cada movimiento, cada gesto, cada mirada. Al observarlo, no lo reconoce, mientras que Hatun Apu, desconcertado, capta a su servidor como extraviado, atisbándole fijamente. Al mirarlo lo esquiva. «Algo anda mal», se repite Hatun Apu.

—¿Qué te pasa, Chapi? Algo te mantiene preocupado.

—No, señor. Todo está normal.

Chapi tiene que contenerse para no poner de manifiesto su deseo de arroparse, de secarse. Tiritando de frío, lo observa, plácido, y opta por retirarse dejándolo disfrutar plenamente del baño. Las fuertes precipitaciones se prolongan sin menguar su intensidad. Chapi abandona la pieza para enfrentarse a la cruda realidad: una lluvia torrencial. Sin chistar, Chapi lo espera fuera, empapado como una sopa. En cuanto a Hatun Apu, en el interior, capta una luz apenas perceptible que merodea por las inmediaciones de la sala, presidida de aguas en pleno movimiento. En este lugar la ruptura con el tiempo presente es muy relevante. Ilusión, quimera… Hatun Apu posee una fértil imaginación y en estos precisos momentos paisajes andinos surgen y contornean la periferia de los baños termales, y comprende que los Andes siempre le han tendido los brazos.

Esa idea le remueve hasta las entrañas, remueve en él viejos recuerdos; algo nuevo anida en su alma. Durante mucho tiempo, innumerables preguntas inundan su ser. ¿Debería volver o no a los Andes? A menudo, cambia de parecer, posponiendo su partida. Hatun Apu termina su baño, regresa a Ajaccio con su servidor, sube a su habitación del hotel, donde permanece encerrado, reflexionando en plena noche. Al día siguiente, sin más preámbulos, abandona Córcega.

En París, de regreso a su mansión, a muy tempranas horas del día, Hatun Apu convoca a Chapi al salón, toma una pausa, respira fuertemente por un segundo, recrea su vista en esos cuatro muros y manifiesta su intención.

—Regresaré a los Andes.

Esta vez un llamado lo interpela, como un grito desesperado, ante ese eslabón perdido que es su vida y ahora le otorga su remisión. La sentencia es lanzada; ¿y por qué creerle esta vez? Siempre lo mismo: sus locuras, sus antojos, sus caprichos infundados, sus verdades escondidas y esa alma ceñida a un desdichado recuerdo que no lo deja ni a sol ni a sombra. ¿Cómo se atreve a pensarlo? Está advertido: no puede ir al Perú.

Después de horas de reflexión, llega a la conclusión de que sus viejos cánones de vida ya no revisten el mismo interés. Ha llegado el momento de emprender el viaje a los Andes y enfrentar su propio destino. A pesar de las advertencias del misterioso hombre en París, Hatun Apu se alista para viajar al Perú, tierra de misterios y sortilegios. Finalmente, aprovechará su estancia para ir a Cuchimilcos en búsqueda de Helébora, su tierna y amada paloma de los Andes. Este es su más ardiente deseo.